

Carlos Mario Perea Restrepo

Porque la sangre es espíritu

Imaginario y discurso político en
las élites capitalinas (1942-1949)

PORQUE LA SANGRE ES ESPIRITU ©

1996, Carlos Mario Perea Restrepo

De esta edición:

© 1996, Editorial Santillana, S. A.

Carrera 13 No. 63-39, Piso 12

Teléfono 2496350

Santafé de Bogotá - Colombia

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Beazley 3860, 1437. Buenos Aires

• Santillana de Ediciones, S.A.

Avda. Arce 2333,

entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas. La Paz •

Santillana S.A.

Eloy Alfaro, 2277 y 6 de Diciembre. Quito •

Santillana S. A.

Juan Bravo, 38. 28006. Madrid

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C. V.

Avda. Universidad 767, Col. del Valle, 03100, México, D.F. •

Santillana S.A.

Avda. San Felipe 731. Lima •

Editorial Santillana S.A.

4a. Avda. No. 15 Qta. Mari-Ana Urb. Altamira. Caracas

1. S. B. N.: 958-24-0314-4

Primera edición: mayo 1996

Una editorial del grupo **Santillana** que edita en:

España> Argentina • Colombia • Chile> México

Estados Unidos> Perú > Portugal • Puerto Rico • Venezuela

© Cubierta: *La "pequeña" construcción de la Torre de Babel*, de Pieter Bruegel, hacia 1563

© Fotos: Sandra Peña Torres. Tomadas de la Biblioteca Nacional.

Esta obra se llevó a cabo dentro de los programas de investigación del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, de la Universidad Nacional y su publicación contó con su auspicio.

Impreso en Colombia

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A mi Momy, muy amada

Prólogo

Aún hoy, más de siglo y medio después de instaurada la República, los colombianos continúan ejerciendo y padeciendo una violencia sin fin.

La tenaz persistencia histórica de la violencia en Colombia constituye un fenómeno singular. Llama la atención, por ejemplo, el contraste con la situación de países vecinos como Venezuela, Ecuador y Perú, naciones que -tras el desmembramiento de la Gran Colombia- han podido conquistar y mantener una cierta paz, o al menos se han ahorrado los paroxismos de violencia a los que ha llegado Colombia. En este país los argumentos de fuerza han terminado por imperar en casi todas las relaciones sociales y políticas, hasta enquistarse en las reacciones más espontáneas de la vida cotidiana.

¿Cuál puede ser la razón de semejante contraste? Las raíces étnicas del país, muy similares a las de sus vecinos, no explican en modo alguno la triste exclusividad colombiana. Las diferencias culturales tampoco son mayores: todas las naciones bolivarianas comparten una misma lengua dominante y una religiosidad similar. El curso de las instituciones, ambivalente siempre entre la democracia y el autoritarismo, no ha sido tan disímil, al menos si se lo compara con el de otras regiones del mundo. Todas las sociedades andinas exhiben, además, parecidos desequilibrios sociales, de modo que ni la difusión de la pobreza ni la concentración de la riqueza explican por sí solas la agresividad colombiana. ¿Qué ha acontecido entonces en este país para que desarrollara una violencia tan continua y excepcional?

En procura de una respuesta, los estudiosos de la historia colombiana le han dedicado una particular atención al período de la así llamada Violencia, con mayúscula, que se inicia a mediados de los años cuarenta y sólo concluye, en alguna medida, a mediados de los sesenta. Este período escabroso de la historia colombiana parece guardar la clave de muchos de los enigmas nacionales. En la Violencia confluyen y se ponen de manifiesto los conflictos políticos y sociales del pasado, acumulados a lo largo de un siglo y

medio de vida republicana; pero también en ella se descubren los primeros hilos de la nueva oleada de muerte que sacude al país desde 1989. Del desciframiento de aquella época deben desprenderse, pues, señales decisivas sobre el origen de los males que agobian a Colombia.

El fenómeno de la Violencia ha suscitado muy diversas aproximaciones. Algunos historiadores han procurado analizar a sus protagonistas; otros han buscado los vínculos generales entre la Violencia y la política o la economía. El excelente trabajo de Carlos Mario Perea apunta, más bien, en otra dirección muy poco explorada y sin embargo central: la cultura política de Colombia a mediados del siglo. Sorprenden, por lo demás, la finura, perspicacia y audacia con las que el autor pone en cuestión las versiones más extendidas acerca de la historia colombiana.

Ante todo, y en contravía de una suposición común, el libro nos muestra cómo la historia política de Colombia no es un avance continuo y lineal hacia la modernidad. Es cierto que, como lo señala el autor, ya historiadores y sociólogos han llamado la atención sobre el peso de la tradición en la política colombiana, pero la mayor parte han pretendido agotar dichas dimensiones tradicionales en el concepto de clientelismo. La indagación de Perea, por el contrario, nos muestra en detalle cómo la cultura política de los años cuarenta hunde sus raíces en un horizonte imaginario tradicional, compartido de igual modo por liberales y conservadores. Unos y otros recurren a conceptos modernos que van, sin embargo, inseparablemente unidos a motivaciones y sentimientos ancestrales. Democracia y pueblo, por ejemplo -nociones de estirpe moderna- son invocados para estimular pasiones que arraigan en un pasado inmemorial.

El autor toma distancia también de la lectura liberalizante de la historiografía dominante, de inspiración liberal, que opone un partido conservador tradicionalista, reaccionario y violento, a un liberalismo modernizante y amigo de la paz. En contra de esta visión, Carlos Mario nos muestra cómo, a comienzos de los años cuarenta, ha desaparecido ya toda diferencia sustancial del discurso programático y la gestión política de los partidos: ni los liberales son anticlericales, ni los conservadores antipopulares; unos y otros abogan por la unidad de la nación y la intervención social del Estado en la economía. Su mutuo antagonismo no se fundamenta, pues, en una oposición real; paradójicamente, se apoya más bien en lo que tienen de idéntico: el sustrato cultural.

Liberales y conservadores comparten lo que el autor denomina "el gesto del enfrentamiento": una especie de "pacto de destrucción verbal del adversario" del que unos y otros participan por igual. En contravía de los hechos, los conservadores continúan calificando a sus adversarios de comunistas, masones, judíos o protestantes, mientras los liberales se encargan de alertar reiteradamente sobre la amenaza antipopular y reaccionaria supuestamente encamada por los conservadores. Desvanecidas las diferencias entre los partidos, permanece sin embargo vigente el gesto huero de su enfrentamiento.

La persistencia de las mutuas acusaciones, al margen de la experiencia histórica, tiene su explicación en una cultura política que define la filiación partidaria, no por las propuestas y realizaciones de partidos y gobiernos, sino por los símbolos y sentimientos ancestrales que las colectividades políticas se empeñan en evocar como título de su propia legitimidad. En consecuencia, según nos lo muestra el autor, más que dos subculturas opuestas, una tradicionalista y otra modernizante, los partidos encarnarían una misma cultura política tradicional, con una fuerte carga religiosa, basada en la exclusión y aniquilación discursiva del otro.

Podríamos preguntarnos si este gesto cultural que Perea descubre en los años cuarenta no ha persistido después, revestido en cada época de nuevos epítetos. A lo largo del Frente Nacional, el bipartidismo califica a comunistas y socialistas de ateos y totalitarios al servicio de Cuba y la Unión Soviética; mientras éstos tachan a los respectivos gobiernos de capitalistas, explotadores y pro-imperialistas. Y aún hoy, numerosos defensores a ultranza del sistema político y social se esfuerzan por reducir a todos los alzados en armas a la simple categoría criminal de narcotraficantes y bandidos, mientras aquellos dicen abominar de un sistema que identifican con la explotación.

Al avanzar un poco sobre el camino abierto por Perea, nos atrevemos a pensar que este gesto aniquilador no revela quizás nada distinto sino la inseguridad y fragilidad de quienes buscan, a través del exterminio moral y político del otro, una legitimidad de la que carecen. Ningún incentivo mejor para la acción fanática que las aparentes certezas morales que dividen el mundo en buenos y malos, ejerciendo así por anticipado una violencia verbal que antecede y prepara el camino para la violencia física.

Finalmente, de tanto uso y abuso de las palabras para justificar lo injustificable, el ejercicio de la violencia en Colombia se ha ido haciendo banal. Ya no el gesto del enfrentamiento, sino el

enfrentamiento mismo sin gesto alguno, se consume hoy sin necesidad de recurrir a calificativos que lo justifiquen. Se mata a cualquiera porque sí. Ya no median para ello razones, sino intereses, así sean fugaces.

Con todo, frente a la sugestiva tesis de Perea, conviene llamar la atención sobre un punto. Ni la cultura en general, ni la cultura política en particular, pueden ser consideradas como una especie de "segunda naturaleza", de esencia preexistente que condiciona o determina la acción de los sujetos individuales o de los actores colectivos, mientras ella misma se sustrae a su influencia. Si así fuera, nos veríamos obligados a pensar que las organizaciones sociales y políticas y sus dirigentes, más que protagonistas de la Violencia, han sido y continúan siendo víctimas de una cultura heredada. No es esta, desde luego, la visión de Perea, pero la delimitación de la investigación a los años cuarenta puede generar la ilusión de que el gesto del enfrentamiento traduce una cultura inmemorial y sin orígenes que se reproduce incesantemente a sí misma; un "motor inmóvil" o una "causa primera", como diría la escolástica. Por el contrario, son los actores sociales y políticos, y en particular sus dirigentes, los principales creadores de la cultura política.

Una cultura es, a mi juicio, la difusión y sedimentación de la intervención histórica de los actores dominantes en la conciencia colectiva de una sociedad. Este doble proceso de difusión y sedimentación cultural puede tardar, en ocasiones, años y hasta décadas. Diez años pueden ser un lapso demasiado breve para dar cuenta de los orígenes de una cultura y de las responsabilidades o méritos de sus gestores. No es imposible que los efectos culturales de una intervención histórica determinada no aparezcan inmediatamente, sino decenios después. Por ello, aunque la cuidadosa investigación de Perea sobre la cultura política de los años cuarenta corrige sin duda importantes apreciaciones hoy predominantes sobre la historia colombiana y la génesis inmediata de la Violencia, no ahorra, sin embargo, la referencia a sus orígenes y a las responsabilidades específicas de los distintos actores. El hecho de que liberales y conservadores hayan sucumbido por igual a la cultura de la intolerancia vigente en Colombia a fines de los años cuarenta, no puede hacernos desconocer los impactos sucesivos y específicos de la Colonia hispano-católica de Contrareforma, del Radicalismo liberal, de la Regeneración conservadora y sus vínculos con la Iglesia católica, de Laureano Gómez y de Gaitán, etc. Y no es imposible, por otra parte, que la convergencia ideológica y

fusión del pensamiento político, convirtiéndose en los voceros privilegiados del J.S.P del enfrentamiento.

La elección de las fuentes comporta quizás algo más que una mera opción metodológica. Nos muestra, indirectamente, el peso protagónico de la misma prensa escrita en el desarrollo de la Violencia. De hecho, algunos diarios colombianos no se limitan a tratar de ser un espejo fiel de la vida política: toman claramente partido, seleccionan hechos, personajes y discursos a su arbitrio, les hacen eco y los amplifican, o los distorsionan y acallan, condenan a los adversarios y entonan ditirambos al propio bando. Arman toda una estrategia de diagramación, fotos y titulares a veces más poderosa que la de un contingente armado. Se puede decir que, tanto o más que los dirigentes mismos, ha sido alguna prensa escrita la que, en los años cuarenta e incluso después, ha exacerbado con frecuencia los ánimos de los colombianos. De esta deplorable función no siempre escapan otros medios de hoy.

La fuerza y plasticidad del lenguaje le confieren un significativo poder de comunicación al libro de Perea. Y aunque es posible que la asidua lectura de la prensa de los años cuarenta haya contribuido a darle un toque a veces arcaizante, el estilo le sirve al mensaje de excelente caja de resonancia.

Para concluir, estamos seguros que el libro de Carlos Mario Perea marca un hito en la historiografía colombiana y abre perspectivas para la comprensión de la violencia presente. Tanto por los acuerdos que suscitará, como por los mismos desacuerdos, el texto que el lector tiene entre manos no pasará inadvertido.

Luis Alberto Restrepo

*De todo lo escrito amo solamente lo que
está escrito con sangre. Escribe con
sangre y aprenderás que la sangre es
espíritu*

Así hablaba Zaratustra.

Friedrich Nietzsche

Agradecimientos

Un libro es un apretado tejido de voces: las que se oyen en libros y lecturas, las que circulan en los comentarios y las apreciaciones, las que hablan en los afectos sin los cuales resulta impensable la empresa de la escritura. En medio de esa polifonía, el autor traza su propia partitura.

Sobre las primeras voces espero haber sido justo en el reconocimiento de los autores que lanzaron las notas armonizantes del concierto de este libro. Sobre las segundas, deseo expresar gratitud con los ecos que suscitó en mí la palabra sabia de Gonzalo Sánchez. Luis Alberto Restrepo -quien me honra con la escritura del prólogo- encabezó la huella que dejaron en este texto los comentarios del antiguo equipo de Actores y Regiones de la Violencia en Colombia del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional. Carlos Miguel Ortiz y Luis Carlos Restrepo hicieron otro tanto con sus opiniones. El Departamento de Historia de la Universidad Nacional, donde se incubó esta idea, así como Colciencias y la Fundación Ford, sin cuya financiación hubiera sido imposible su realización, tienen asimismo su lugar aquí. E imposible de olvidar en este recuerdo polifónico la tenacidad de mi asistente de investigación, Heidi Hernández y los numerosos apoyos de mi amigo Carlos Jiménez.

Finalmente, esas otras voces del afecto deben su reconfortante presencia a mi mujer Mony, siempre plena de complicidad amorosa, y a mi hijo Tomás, quien vivía su primer año de existencia mientras se parían estas páginas.

Introducción

¿Bajo qué capitales simbólicos opera la violencia en Colombia?
¿Desde qué tramas discursivas hace su histórica presencia en la vida política? ¿Sobre qué horizontes imaginarios descansa la eliminación del oponente como modo de "resolución" del conflicto? ¿Cuáles son, pues, los vínculos entre cultura política y violencia?

La formulación de estos interrogantes define el espíritu de nuestro trabajo. Estas páginas nacen del desconcierto ante una violencia que irrumpe a lo largo del siglo pasado desde el momento de fundación de la república, que luego de la guerra de los Mil Días continúa su irregular pero terca marcha a lo largo de la primera mitad del siglo xx y que, por último, desde el año de 1946 hasta el momento de empalme con el siglo XXI no ha abandonado ni un sólo instante el concierto político. Una violencia que pareciera disolver las formas de convivencia y aniquilar las mediaciones de la cultura; y que no obstante se exhibe como práctica obligada de los aconteceres colectivos.

Con todo, nuestra incursión camina sobre un nuevo trayecto. No pretende dibujar los actores protagonistas de la violencia; no aspira a encontrar los vínculos entre economía y actos de muerte; menos aún busca reconstruir los hechos que configuran el derramamiento de sangre. La tentativa es, más bien, la de comprender los nexos entre símbolo y política de cara al sistemático ejercicio de eliminación del Otro: para ello las élites capitalinas de los años 40 del presente siglo nos prestarán su discurso como objeto de trabajo; Nuestro proyecto se propone, así, el desciframiento de la cultura política de Colombia a mediados de siglo. Siguiendo a Clifford Geertz en su propuesta simbólica del análisis cultural entendemos la cultura como la trama de símbolos con la que actúan significativamente los grupos humanos ¹.
Abordar la cultura poli ti-

¹ «Creyendo ... que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones». *La interpretación de las culturas*. Gedisa: Barcelona, 1990, p. 20.

ca quiere decir, entonces, dar cuenta de los capitales simbólicos que rigieron la escena política en la década aludida.

Una reflexión en tomo a la cultura política demanda una visión de las relaciones entre cultura y política que parta, según lo resumió magistralmente el mismo Clifford Geertz, «*de una concepción menos expectante de la política y una concepción menos estética de la culturae*». Una noción menos expectante y heroica de la política apunta a entrelazar el poder, menos con los esfuerzos racionales de los actores, y más con los mundos de vida desde los que los miembros de un grupo construyen sus sentidos e identidades; a la vez, una comprensión menos estetizante de la cultura liga los universos de sentido, menos a una visión costumbrista y folclorizante, y más a los caminos mediante los cuales los grupos sociales luchan por crear y mantener sus lugares en el dominio de lo público.

Bajo la lógica de este enunciado nuestra reflexión recorre un camino distinto al seguido por la reflexión historiográfica pues, mientras en ella se ha supuesto un firme avance de la política colombiana hacia la modernidad, las presentes páginas muestran, por el contrario, los modos como la vida política de los años 40 encuentra sus formas determinantes de desciframiento en un orden de significación distinto al de la modernidad política'. Sin la menor duda, el discurso político de la década está atravesado de principio a fin por las referencias a la democracia, el pueblo y la nación; no obstante, como habremos de mostrar, dicho llamado a la modernidad es resignificado desde la invocación a un espíritu esencial codificado en la sangre. Dos perspectivas simbólicas recorren el discurso político de los años 40: la democracia y el pueblo, nociones ligadas a la idea de un contrato consciente erigido sobre el despliegue de la racionalidad autónoma, en la Colombia de aquellos años adquieren su sentido mediante el llamado a sentimientos partidarios hundidos en un pasado indescifrable. La sangre y el espíritu se agolpan cuando se trata de dirimir las razones de la democracia: «*¿Cómo puede gobernarnos según nuestro espíritu quien no tiene nuestra sangre?*», diría un editorial que, bajo el título de «*Porque la sangre es espíritu*», aparecía en *El Siglo* hacia 1946⁴.

² Idem., p. 262.

³ Entendemos por modernidad, siguiendo a Néstor García Canclini, la confluencia contradictoria de cuatro proyectos: emancipador, expansivo, renovador y democratizador. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo: México, 1989, p. 31-32. La tradición, por su parte, significa la relación con el mundo sobre la base de vínculos primordiales, tal como desarrollaremos más adelante.

⁴ Mayo 3 de 1946.

Los horizontes de la modernidad y la tradición se dan cita, entreverados en mezcla orgánica, para anudar los textos políticos de aquellos días. El discurso se teje sobre la hibridación de distintas perspectivas significantes y no únicamente sobre el bagaje de la modernidad políticas. Sin duda varios autores han señalado la impronta de lo tradicional en la constitución de la vida política⁵, Numerosos escritores se han referido a los códigos del honor, de la pasión y la herencia para explicar el funcionamiento de los partidos políticos. Otros han hablado de inconsciente arcaico para explicar el peso de viejos y extraños mundos en el funcionamiento político. Algunos más han mencionado la presencia de un pasado mítico para dar cuenta del enfrentamiento entre las colectividades? Toda la historiografía, sin falta, ha apelado a la idea de la política tradicional para evocar la pervivencia de modos atávicos de poder. Sin embargo, el contenido de dichos códigos, la naturaleza de tal inconsciente, las características que configuran ese pasado mítico y los modos de operación simbólica de la política tradicional no han sido sistemáticamente abordados.

En el intento de avanzar sobre este vacío nuestro trabajo se comprende como una analítica del discurso, entendido éste como

⁵ El concepto de hibridación ha sido tomado de Néstor García Canclini. Idem.

⁶ Si bien numero os autores hacen referencia a lo tradicional, la historiografía termina considerando su presencia como un remanente incómodo que sería desterrado por la implantación de la modernidad política. Ejemplo ilustrativo es el libro de Mauricio Archila: la convergencia de diversas tradiciones culturales en la configuración de la identidad de la clase obrera (la herencia artesanal; la tradición revolucionaria; las expresiones contraculturales; las culturas populares locales y regionales; la proyección nacional e internacional), no se convierte en obstáculo del avance del movimiento laboral hacia la secularización y modernización de su discurso político. Desde nuestra perspectiva urge la pregunta: la fusión de los obreros con López Pumarejo -sobre la que el autor se interroga copiosamente- ¿no daría cuenta de la proximidad de los trabajadores a las formas de desciframiento de los partidos tradicionales, incluida la presencia de distintas temporalidades históricas? *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*. Cinep: Santafé de Bogotá, 1991.

⁷ Destacaríamos en estas menciones los trabajos de Daniel Pécaut. *Orden y violencia. Colombia 1930-1953*. Cerec-Siglo XXI: Santafé de Bogotá, 1987. Gonzalo Sánchez. "Guerra y política en la sociedad colombiana". En: *Análisis político*. Instituto de Estudios Políticos. Universidad Nacional: Santafé de Bogotá, No. 11, Septiembre-Diciembre, 1990.

⁸ El clientelismo y sus sucedáneos -gamonalismo, manzanillismo->, se han instituido en fórmula mágica con la que se pretende dar cuenta de las fracturas que exhibe la escena política. Cada vez es más un lugar común al que es necesario llenar de contenido. Por supuesto hay trabajos que avanzan con riqueza sobre la vida clientelista. Para la Violencia Carlos Miguel Ortiz. *Estado y subversión en Colombia. La Violencia en el Quindío años 50*. Cerec-Cider: Santafé de Bogotá, 1985. Para un estudio de una época más reciente Franci co Leal y Andrés Dávila. *Clientelismo: el sistema político y su expresión regional*. Tercer Mundo: Santafé de Bogotá, 1990.

«un intercambio social de sentidos". No se asume como una mirada sobre la ideología o la doctrina en tanto pretende instalarse más allá de la relación funcional entre símbolo y acto que suponen aquellas. Por el contrario, como demostraremos, entre la simbólica y la práctica política, entre el proyecto ideológico y el ejercicio de gobierno, existe más de un desfase y una incongruencia. Nos interesa una visión sobre el actor político, no como el sujeto consciente que instrumentaliza su discurso y su práctica política —O que es víctima de una deformación i o—, sino como el sujeto objeto de discurso. Tampoco nos ocupa la pregunta por una identidad en las élites. La naturaleza híbrida de sus textos políticos plantea, más bien, la búsqueda de los fracturamientos y las dislocaciones, de las tensiones nunca resueltas. El peso de lo tradicional se erige, pues, en interrogante capital: la sólida permanencia de una cultura política ajena a la conflictividad social terminará por otorgar un papel primordial a la perspectiva tradicional en la precipitación y marcha de la violencia. Nuestras preguntas se delinearán. ¿Desde qué lugares y bajo qué formas tuvo la cultura política un papel tan determinante en la Violencia"? ¿De qué modos tiene la perspectiva tradicional un oficio tan decisivo allí?

«Si la sangre es espíritu ... ¿ cómo puede gobernarnos según nuestro espíritu quien no tiene nuestra sangre ?», exclamaría el

⁹ Jorge Lozano, Cristina Peña-Marín y Gonzalo Abril. *Análisis deL discurso. Hacia una semiótica de La interacción textual*. Re: México, 1993.

¹⁰ La tendencia a desconocer el papel de lo tradicional encuentra su excepción en Fabio López, interesado en los modos como las construcciones doctrinarias de las élites dejan sus marcas en la cultura política. En este propósito lo tradicional se comprende como «un falseamiento o deformación de Los valores propios de La modernidad»: el catolicismo, impulsado por el movimiento Regenerador, se convierte en el caldo de cultivo de los rasgos de intolerancia predominantes en el tejido social. Si bien lo tradicional es aquí abordado y reconocido de manera explícita en su permanencia, la asociación directa con la religión católica y la visión funcionalmente deformadora de lo ideológico terminan por oscurecer la pervivencia del mundo tradicional en el discurso político: la doble reducción de lo tradicional a lo cristiano y de lo arcaico a puro «falseamiento», se erige en operador de este oscurecimiento. Así se termina por ejercer el mismo desconocimiento dominante en la historiografía, aunque de forma negativa. "Cultura política de las clases dirigentes en Colombia: permanencias y rupturas". En: *Ensayos sobre cultura política colombiana*. Cinep: Controversia, No. 162-163, Santafé de Bogotá, 1990. La cita se encuentra en la página 113. Del mismo autor "Tradiciones de cultura política en el Siglo XX". En: Miguel Eduardo Cárdenas (Coordinador). *Modernidad y sociedad política en Colombia*. Fescol-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-Foro por Colombia: Santafé de Bogotá, 1993.

¹¹ Acogemos la fórmula de hablar de violencia con minúscula cuando se evoque el fenómeno en general y de Violencia con mayúscula en aquellos caso que se trate del episodio histórico entre 1946 y 1965.

mencionado editorial conservador del 46. No se trata, para definir nuestra analítica, ni de mantener la concepción de una modernidad que es siempre idéntica a sí misma, ni de exhumar una tradición que palpita secularmente igual bajo el ropaje de una modernización en últimas fracasada". La *discursivización* de la tensión entre modernidad y tradición, como horizonte de la reflexión, busca reconstruir la particular configuración de un discurso híbrido que se alimenta orgánicamente de las dos temporalidades.

Pero cuando se habla de perspectiva tradicional en lo político, es preciso aclarar el segundo punto en el que nuestro trabajo se opone a la lectura historiográfica corriente. En efecto, tomamos distancia de la visión liberalizante según la cual frente a un partido liberal progresista, amigo de las causas populares y enemigo de la violencia, se opone una colectividad conservadora retardataria, autoritaria y promotora de la muerte. Estas dos imágenes contrapuestas y antagónicas, las mismas que se encargó de poner en circulación el partido liberal, han sido acogidas por la historiografía sin el suficiente beneficio de inventario". A todos luces resulta indiscutible el papel primordial del conservatismo en la pausa lopista, la crisis de la década del 40 y el inicio de la Violencia. Pero en la explicación de las crisis y en la precipitación de la Violencia, como se argumentará, tan importante resulta la intransigencia conservadora como la concurrencia liberal en el «*fundamentalismo*» y «*lo no negociable*» -retomando las expresiones de Daniel Pécaut-. De manera que en la convergencia discursiva alrededor de la «*san-*

¹² Tampoco hablaríamos de lo prepolítico de lo político, tal como lo hace Daniel Pécaut.

Orden y violencia. Ob. Cit. Ello supone una definición a priori de lo que constituye propiamente lo político, al margen de la hibridación alrededor de la cual se construyó en Colombia.

¹³ Hasta Daniel Pécaut, el autor que introduce las más renovadas lecturas a la confrontación entre los partidos tradicionales, no se exime, con todo, de tal propensión liberalizante. Es verdad que el autor señala el peso decisivo de lo tradicional en el liberalismo. No obstante, no se ve la manera como dicha «*política tradicional*» opera en la colectividad roja, más allá de la referencia a una «*naturalizada*» división partidista. Cuando se ocupa del gaitanismo afirma que Gaitán, tanto como Laureano Gómez, se erige en descifrador de la división radical de lo social; pero resulta cuestionable la asignación de estos elementos a la versión populista, como si Gaitán fuera el iniciador del tradicionalismo en el liberalismo. Mientras tanto, la ausencia de una explicación de los elementos de la tradición en la agrupación liberal contrasta con la amplia descripción del papel del conservatismo en la «*contrarrevolución*» y en la profundización de la división social. El «*retomo del fundamentalismo conservador*», con el consecuente lanzamiento de la política por un trecho de «*lo no negociable*» terminan -según el autor-, por hacer del partido azul el artífice de la muerte de todo intento de transformación. *Orden y violencia*. Ob. Cit., p. 276-284.

gre» y el «*espíritu*» no existe el pretendido movimiento táctico de un liberalismo dispuesto a hacer concesiones con tal de arrancar el avance de la modernidad a un atrasado partido conservador". Por el contrario, las dos agrupaciones, con sus respectivas disidencias y variantes, participan de los mismos lugares de producción de sentido de lo político.

En rigor, entonces, no se podría describir a las colectividades partidarias como subculturas". Ello supondría, más allá de algunas convergencias, la existencia de códigos privativos para el funcionamiento autónomo de cada partido. Sin duda en cada agrupación predominó una narración discursiva de la que se derivó un particular desciframiento de la sociedad: el partido liberal se asumía agente exclusivo de un Estado en relación directa con la atención de las demandas populares; el partido conservador se presentaba como el garante indeclinable de una religiosidad fundada sobre los valores tutelares de la nacionalidad. Con todo, veremos los modos como, en la década del 40, se deslíen las diferencias discursivas dejando desnudos, al paso de su derrumbe, los pilares de una única cultura política.

¿Pero cómo pensar la violencia, ese intento de exterminio mutuo, desde una única cultura política? ¿Cómo considerar la profunda fragmentación que caracteriza la vida nacional a partir de una simbólica política homogénea? Se trata, justamente, de mostrar que a pesar de tendencias distintas en los discursos, ambas colectividades obedecen a una idéntica gramática discursiva. La trama de la tensión entre homogeneización y diferencia constituirá pues un centro de nuestro cometido: la mimesis partidaria -no la estricta igualdad dada la presencia de distintos énfasis narrativos, así, la simbólica de la fragmentación y el caldo de cultivo de una relación con el Otro que legitima su eliminación.

Los dos partidos, sin falta, construyen el sentido de sus discursos desde tres códigos imaginarios: el religioso, el de la sangre y el de la ciudadanía segmentada. El primero dice de un espíritu partidario irrepetible y radicalmente distinto del Otro; el segundo habla de la inamovible presencia discursiva de la violencia; el tercero referencia

¹⁴ Posición sostenida, por ejemplo, por Fabio López: «*En esa atmósfera [de la Regeneración] Los Liberales debieron recurrir a menudo a prácticas de simulación o de mimetización, lo que sin duda se expresó en [su] notoria ambigüedad ... ante la ... secularización*». "Tradiciones de cultura política en el Siglo XX". Ob. Cit., p. 107.

¹⁵ Tal como lo propone Daniel Pécaut. *Orden y violencia*. Ob. Cit. Aunque la referencia a las subculturas aparece en varios apartes, su sentido general aparece en la p. 128.

la imposibilidad de construir la ciudadanía frente a una militancia partidaria que lo invade todo. La sangre y el espíritu emergen toda vez que hubo necesidad de dar cuenta de los resortes de la democracia. De allí, precisamente, el nombre de nuestro trabajo, «*Porque la sangre es espíritu*», siguiendo el rastro del editorial de aquel mayo del 46. En estas condiciones, las presentes páginas han de poner en escena la contextura de dichos códigos imaginarios.

La prodigiosa amalgama entre la sangre, el espíritu y la ciudadanía, verificada hasta en el último reducto de la cultura política, descansa en la pertenencia primordial sobre la que instituyen los partidos políticos la adscripción de sus prosélitos". El sentimiento primordial que instauran el liberalismo y el conservatismo hasta la primera mitad del presente siglo dice, no de la unificación en torno a la nación sobre los principios abstractos de la racionalidad civil, sino de la integración partidista alrededor de una identidad vivida como naturaleza única y fundante. La identidad primordial es el modo propio de cohesión social del mundo tradicional en tanto sus nexos instituyen un mundo de significación que se erige en sistema de saber, en normativa de la realidad y en programa de los modos como ha de ser construido el mundo. La versión del mundo allí instituida es única e inimitable; el Otro, el distinto, encarna el límite y la destrucción. Y en el corazón del sentimiento que confiere esta conciencia de autenticidad irrepetible, el grupo inmediato se convierte en ente del orden de lo natural, inscrito en una legalidad inmutable ajena a la historia y la cultura.

En Colombia, desde la Violencia de mediados de siglo y sus excesos hasta la prohibición de casarse con miembros del partido contrario, hace su despliegue una multitud de acontecimientos que atestiguan la marca de ese vínculo primordial sentido como un nexo perentorio y total con la parcialidad política. Tal pertenencia no se basa en diferencias de raza; mucho menos en fragmentaciones lingüísticas o regionales; menos aún en escisiones basadas en herencias culturales irreconciliables. Con todo, la Violencia se entronizó a lo largo de dos pesadas décadas. Nuestro propósito, precisamente, se finca en reconstruir el horizonte de significado que informó este proyecto de instituir un gobierno popular sobre la base de las pertenencias primordiales instauradas por los partidos.

¹⁶ La noción de vínculo primordial la tomamos prestada de Clifford Geertz. *La interpretación de las culturas*. Ob. Cit., p. 222. Con el concepto de pertenencia primordial se hará referencia a lo capitale simbólicos que rigen la adscripción de los militantes al partido político.

En la tarea de captar este régimen simbólico se han distinguido dos dimensiones: el discurso y lo imaginario. Se ha optado por la narración articulada en la palabra con el propósito de reconstruir la arquitectura discursiva de los textos políticos contenidos en la prensa. Tal reconstrucción se ha practicado mediante la identificación de tres estratos: los Ejes Discursivos; sus correspondientes Series; y los Sentidos que emergen de cada una de dichas series.

Los EJES corresponden a aquellos grandes nudos de significación a los que la trama discursiva se remite permanentemente. Tres son estos ejes: el partido político, la violencia y los elementos de la modernidad política. Los textos políticos de la prensa de mediados de siglo están atravesados, de principio a fin, por la presencia de los partidos: sobre ellos descansa el proyecto político de construir la escena pública. La violencia, por su parte, cumple con la función simbólica de arrastrar en sus mallas de sentido el escenario político. Por último, los elementos de modernidad -la nación, la democracia, el pueblo y la historia-, hacen las veces de referencias fundamentadoras del proyecto político por llevar a término. La totalidad del discurso se ordena en tomo a ellos: actúan como polos de atracción que anudan la significación política.

Cada Eje, a su vez, está constituido por varias SERIES, aquellas que otorgan el cuerpo y contenido a su tejido de significación. Las series se establecen en dos momentos: primero, la identificación del significante que ocupa el lugar central en el discurso en cuestión (significante central); segundo, la búsqueda de los significantes que aparecen ligados al significante central (significantes secundarios). Esta búsqueda de los contextos en los que aparece inserto el significante central por intermedio de la ubicación de sus significantes subsidiarios, permite, por último, establecer el SENTIDO al que termina amarrada la serie"

Por su parte, lo imaginario habla de los lugares de producción de sentido de lo político. Lo imaginario refiere los códigos de enunciación del discurso que resultan de la imbricación de los sentidos puestos en juego en la reconstrucción discursiva. Esto es, los

¹⁷ En el intento de despejar las inevitables confusiones que por fuerza suscitan estas divisiones y sus vínculos, remitimos al lector al cuadro que aparece al final del Capítulo 6. Allí se sintetizan las SERIES que componen el EJE discursivo del partido: "idea", "moral", "sentimiento", "mesías" y "espíritu" (significantes centrale). A cada uno de ellos se asocian sus respectivos significantes ecundarios. Por ejemplo a la Idea se asocian "comunidad en doctrina", "revelación", "autenticidad" y "sacralización". Esta cadena de significantes, por último, arroja el SENTIDO de "idea sagrada".

diversos sentidos derivados de las series, en sus nexos y sus implicaciones, permiten establecer las matrices del discurso". En ningún caso dichos códigos imaginarios se pretenden a la manera de abstracciones universales. Por el contrario, lo imaginario no es otra cosa que una sedimentación simbólica de la experiencia colectiva: se teje en la trayectoria que desarrollan los grupos sociales en el proceso de construir sus contextos de existencia",

Se ha elaborado una lectura de la prensa publicada entre 1942 y 1949 considerando dos motivos. Por una parte, la década de los años 40 se configuró en un período de verdadera inflexión de la vida política. La crisis del proyecto liberal movilizado durante la década anterior y la caída de la colectividad roja; el ascenso del conservatismo y los conflictos derivados de la alternancia de los partidos; el auge del movimiento gaitanista y el asesinato de su líder. Factores todos, que entre muchos otros, afianzan el avance y la irrigación de la violencia. Abordar la cultura política durante esta década presupone, entonces, hurgar una significación de lo político durante unos años de crisis que avanzan, incontenibles, hacia la hegemonización de la eliminación del adversario como modo de tramitación del conflicto. Por otra, este período permitía la mirada -y la comparación- del ejercicio de gobierno de cada una de las colectividades, uno liberal entre 1942 y 1946, Y uno conservador entre 1946 y 1950. Hemos detenido nuestra mirada en 1949 por cuanto, según lo ha señalado la literatura sobre la Violencia, en este año los enfrentamientos violentos cobran su extensión definitiva". El carácter crítico de la década, la comparación de las prácticas de gobierno de los partidos y la incubación de la violencia, así pues, han determinado nuestro interés en el período 1942-1949.

¹⁸ Volviendo nuevamente sobre nuestro ejemplo se observa que los sentidos del EJE partido político ("idea sagrada", "moral inmanente", "odio ancestral", "cruzada redentora" y "guerra teológica"), constituyen un código imaginario religioso. A las cosas, y en términos de la estructura total del trabajo, a cada eje discursivo corresponde un código imaginario: al eje del partido el código imaginario religioso; al eje de la violencia el código de la sangre; y al eje de la modernidad el código de la ciudadanía segmentada. Idénticos cuadros sobre las condenas entre los partidos, el código de la sangre y el de la ciudadanía se hallan, respectivamente, al final de los Capítulos 1, 11 Y 14.

¹⁹ Serge Gruzinski. *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*. Fondo de Cultura Económica: México, 1991.

²⁰ Darío Fajardo discute la periodización de la Violencia sobre la que existe un consenso general. "La Violencia. 1946-1964: Su Desarrollo y su Impacto". En: *Once ensayos sobre la Violencia*. Cerec-Centro Gaitán: Santafé de Bogotá, 1985, p. 259-296.

La elección de la prensa se ha efectuado al considerar que en la década de los 40, y quizás de ahí para atrás en el conjunto de la vida política del país, los diarios constituyen los órganos de difusión del pensamiento político. No de modo gratuito, ante cada ocasión de verdadero conflicto, los edificios de los periódicos se convertían en blanco predilecto de las turbas arrebatadas o en centro de la censura oficial: destruir o limitar un periódico significaba acallar la voz pública del adversario. Los diarios publicaban los principales discursos de sus dirigentes en las plazas; reproducían las más destacadas intervenciones en las corporaciones públicas; difundían las determinaciones de sus directorios y sus cúpulas; propalaban los debates y los enfrentamientos que ocupaban la atención de los partidos. La vida política discurría en sus páginas, palmo a palmo, evento tras evento.

Sobre esta opción por la palabra escrita de la prensa nos hemos circunscrito a los principales órganos periodísticos de las élites políticas, aquellos de circulación nacional: *El Tiempo* liberal, *El Siglo* conservador y *Jornada* gaitanista. La delimitación sobre estos tres periódicos se fundó en el interés de hacer un análisis más exhaustivo y profundo de cada uno de ellos. Se rastrearon las noticias de primera plana, el conjunto de la página editorial, las noticias de las sesiones del congreso y otras informaciones que pudieran resultar de interés político. El detalle con que se siguió cada periódico, en el intento de articular el desciframiento de la cultura política en los términos descritos, imposibilitaba ampliar el margen de periódicos, el seguimiento de otras expresiones discursivas diferentes a la palabra escrita o la lectura de fuentes distintas a la prensa. Nuestro interrogante general se ve entonces precisado: ¿Cómo se construyó el símbolo político de las élites políticas capitalinas en la prensa de los años 40?²¹

Naturalmente el texto se ha construido sobre la expresión literal del discurso. Las copiosas citas reproducidas obedecen a la necesidad de hacer hablar a los mismos protagonistas del estudio: una analítica del símbolo no puede obviar la transcripción textual permanente. Con todo, se ha realizado un monumental esfuerzo de reducción de la extensión y el número de citas con el objeto de hacer ágil la lectura. Los títulos, desde el de *«Porque la sangre es*

²¹ Nuestro proyecto tiene entonces límites precisos. Tanto la génesis histórica de dicho capital imaginario desde el siglo XIX, como u formas de apropiación y recreación en las provincias y localidades, desbordan las posibilidades de este trabajo: nos hemos limitado a ver lo imaginario en acto en las élites capitalinas de lo 40.

espíritu» hasta los de los capítulos y sus apartados, son una pieza clave de la escritura: extraídos de frases literales de los diarios expresan el sentido que se pretende poner en juego en cada caso",

Este trabajo es un intento de comprensión del sorprendente arraigo de los partidos políticos tradicionales en el tejido de la sociedad civil; un arraigo que, con sus grandes matices, permanece incólume en los últimos respiros del presente siglo. Si se quiere, aquí está contenida una reflexión sobre el modo como las colectividades construyeron su hegemonía. Y en el centro de este atisbo sobre los modos de construcción del poder político partidario está latente la pregunta por una práctica de la muerte que se ha instalado hasta en el último recoveco de la vida pública y privada. Este escrito es pues una tentativa sobre una violencia que a pesar de su omnipotente presencia parece no admitir ritualización ni palabra posible; ella se despliega, imperial, sin que pueda ser incorporada en algún circuito de la cultura capaz de exorcizarle. Si este trabajo lograra poner en circulación una palabra que ayudara a la resimbolización de la muerte en nuestro país, ya se habría hecho demasiado.

²² La I Parte de nuestro trabajo presenta las críticas que se lanzaban mutuamente las colectividades y discute el fundamento de dichas críticas bajo la pregunta del lugar en el que se funda el enfrentamiento entre los partidos. La II, ID Y IV Partes exponen, respectivamente, los códigos imaginarios religioso, de la sangre y de la ciudadanía segmentada. La V y última parte, de un lado aborda el vínculo entre simbólica y relaciones sociales, y de otro discute el lugar del gaitanismo en la cultura política.